

## CONOCER A DIOS: VIDA DEL HOMBRE

“Padre...en esto consiste la vida eterna, en que ellos te conozcan a ti único Dios, ya aquel a quien has enviado, Jesucristo” (Jn 17:3). Estas palabras se citan en el epígrafe al Catecismo de la Iglesia Católica. Conocer a Dios es vivir. Este conocimiento es el objeto de nuestra vida. En la Sagrada Escritura, este objetivo se expresa también como “ver a Dios”. (CIC 1028).

Siendo niña Santa Teresa de Avila dijo en una ocasión: “ ¡Quiero ver a Dios!”. Y se dice que añadió: “Y para ver a Dios es preciso morir” (CIC 1011). En el Antiguo Testamento, Dios dice que “el hombre no puede verme y seguir viviendo”(ex. 33:20). Ver a Dios, conocer a Dios- eso significa vivir pero no es un vivir de este mundo. Aquí en la tierra, en nuestra vida de peregrinaje, se cumple lo que dice Juan: “Nadie ha visto nunca a Dios” (Jn 1:18). Por eso esta vida terrena no es todavía la vida plena, la vida verdadera: es como una sombra que pasa como un soplo de viento, aun cuando dure muchos años.

Estamos destinados, sin embargo, a otra vida, una vida de inimaginable felicidad. En sus *Confesiones* que son como una “confesión” y un testimonio, una alabanza del incomprensible amor de Dios”, S.Agustín dice de esta otra vida: “Y cuando completamente esté unido a Ti, no habrán más lamentos y pruebas; lleno enteramente de Ti, mi vida será completa”.(CIC 45). Para esta felicidad hemos sido creados y esta felicidad es –lo dice el mismo Agustín- lo que nuestro inquieto corazón busca.

La primera pregunta de los antiguos catecismos era: « ¿Para qué nos creó Dios?» y su respuesta, «Dios nos creó para conocerle, amarle y servirle y de esta forma llegar al cielo». (CIC 1721). Esta simple sentencia es como cuerda segura en un paso de gran pendiente en la montaña - algo a lo que nos podemos sujetar cuando todo se vuelve incierto. He conocido personas que no han practicado durante años la religión, incluso décadas, y que de repente han recordado - estando sumidas en profundas crisis vitales- frases como esta aprendidas de memoria en el catecismo de su infancia, quizás sin pensar mucho en ellas- y que ahora repentinamente afloraban a su mente como preceptos que ayudaban y salvaban.

De una forma sencilla, la primera verdad catequética ilustra el significado del Catecismo: es un camino, una ayuda “para llevar una vida feliz”, un auxilio para la vida, un cartel indicador, un mapa que señala la dirección con precisión.

Para los primeros cristianos la vida cristiana era simplemente «el Camino»(Act, 9:2; 19:9, 23: 24,14,22), no uno entre tantos sino el Camino que Dios mismo nos ha señalado y que nos permite llegar con certeza a nuestro destino a través del camino de la vida. Eso es el Catecismo: un camino para alcanzar una vida feliz.